

Por Ayotzinapa y el petróleo, excelente concentración de Morena y el PT en el Zócalo capitalino

Gerardo Peláez Ramos

**Marcha sindical en apoyo a Ayotzinapa y los estudiantes del Politécnico, el martes 28 de octubre a las 16:00 horas, del monumento a la Revolución al zócalo del Distrito Federal*

Encabezados por Andrés Manuel López Obrador, contingentes del Movimiento Regeneración Nacional, el Partido del Trabajo y ciudadanos sin partido, se concentraron en el Zócalo capitalino, al cual cubrieron completamente, lo que significa que los participantes superaron la cifra de 40 mil ciudadanos y adolescentes. La convocatoria corrió a cargo de Morena, teniendo como centro, inicialmente, la lucha por el derecho a definir en consulta popular la reforma energética, pero los asesinatos en Iguala, Guerrero, de seis personas, entre ellas tres normalistas, las lesiones a más de 20 estudiantes y la desaparición de 43 alumnos de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, le imprimieron al combativo acto el sello de la solidaridad nacional e internacional con los normalistas guerrerenses.

Dado que el gobierno de Enrique Peña Nieto, el Partido Revolucionario Institucional y los grandes medios de comunicación masiva han desencadenado una intensa campaña en contra del líder máximo de Morena, AMLO refirió en su intervención que habiendo visitado Iguala cuando menos tres veces durante la presidencia municipal de José Luis Abarca Velázquez, nunca vio a este famoso narcopolítico, y que tampoco estableció relaciones de complicidad con Ángel Heladio Aguirre Rivero, gobernador con licencia del estado de Guerrero. Con gran claridad, Andrés Manuel planteó que la aparición con vida de los 43 normalistas secuestrados es indispensable para que haya normalidad en la entidad suriana; demandó, asimismo, que la Suprema Corte de Justicia de la Nación garantice el derecho a la consulta popular en materia energética.

La concentración de Morena y el PT, con López Orador como orador principal, representa el camino a seguir por otras formaciones políticas de la izquierda mexicana. De proponérselo, los partidos electorales de izquierda son capaces de movilizar a cientos de miles de mexicanos dispuestos a imponer una salida política justa en el caso de Ayotzinapa, que tiene como centro la presentación con vida de los 43 estudiantes desaparecidos, la reparación del daño ocasionado a los lesionados y la indemnización a los familiares de los normalistas y otros asesinados en la ciudad de Iguala; la localización, enjuiciamiento y condena de acuerdo con la ley del ex alcalde José Luis Abarca Velázquez, su esposa y el ex

secretario de Seguridad Pública municipal Felipe Flores Velázquez, prófugos de la justicia; así como establecer la responsabilidad de las fuerzas policíacas de la entidad y de las dependencias federales de seguridad y militares asentadas en el municipio de Iguala, que no impidieron la actuación ilegal y criminal de los policías municipales de Iguala y Cocula y los sicarios del narcotráfico y el crimen organizado. Son demandas elementales con gran respaldo popular.

Algo de la agitación política en México

Después del levantamiento delahuertista en 1923-1924, la rebelión cristera de 1926-1929 y la campaña de José Vasconcelos en 1929, la más grande agitación en la historia posrevolucionaria de nuestro país se produjo entre junio de 1935 y abril de 1936, cuando el intento de revertir la política nacionalista y popular de Lázaro Cárdenas se vio enfrentado por el ala izquierda del Partido Nacional Revolucionario y el gobierno cardenista; por el movimiento obrero, que fue capaz de poner en pie el 15 de junio de 1935 al Comité Nacional de Defensa Proletaria y en febrero de 1936 a la Confederación de Trabajadores de México, luego de la realización de huelgas económicas y políticas, paros, mítines y manifestaciones en la Ciudad de México, Monterrey, Guadalajara, Puebla, Torreón, Xalapa y otras ciudades; la formación de sindicatos de empresa, gremiales, de secretarías de estado, industriales y nacionales de industria (entre ellos el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana) y federaciones sindicales; por otros grupos sociales, que crearon frentes campesinos y organizaciones estudiantiles (incluida, por cierto, la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, fundada entre el 5 y 13 de julio de 1935).

El gobierno cardenista, con el respaldo obrero, campesino y popular, pudo emprender la depuración del aparato estatal, con el desafuero de diputados y senadores, la desaparición de poderes en algunos estados y la destitución de varios comandantes de zonas militares no afectos al presidente de la República, desembocando el proceso en la expulsión del país de Plutarco Elías Calles y Luis N. Morones, Luis L. León y Melchor Ortega, sus contlapaches más renombrados. De esta manera, triunfó y se consolidó el gobierno más popular de los años posrevolucionarios de México: el del general Lázaro Cárdenas del Río. Concluyó el periodo de reformas estructurales.

Otras crisis políticas importantes fueron las elecciones presidenciales de 1952, con la candidatura del general Miguel Henríquez Guzmán y la Federación de Partidos del Pueblo; de 1988, con la candidatura del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y el Frente Democrático Nacional, y de 2006, con la candidatura del licenciado Andrés Manuel López Obrador y la coalición Por el Bien de Todos. Considerando los datos disponibles, puede concluirse que el gobierno

priista organizó grandes fraudes en los procesos electorales de 1952 y 1988, y el gobierno panista hizo otro tanto en las elecciones de 2006.

Las luchas sindicales de la sexta década del siglo XX condujeron, sobre todo en 1958 y 1959, a la primera crisis del *charrismo* sindical, a la movilización obrera más importante después de los años cardenistas y el inicio del proceso de deterioro progresivo del régimen del PRI. El control sobre la clase obrera sólo se pudo restaurar con la violencia: miles de ferrocarrileros despedidos, cientos de presos políticos (entre ellos Demetrio Vallejo, Valentín Campa, Gilberto Rojo Robles, Alberto Lumbreras y Dionisio Encina), represión del Ejército e imposición de comités ejecutivos sindicales al margen de la voluntad de los trabajadores.

En las crisis políticas posteriores a 1952, el movimiento estudiantil ha desempeñado y desempeña un papel importante, y, en varios casos, un papel fundamental. Así, en el movimiento contra el déspota guerrerense Raúl Caballero Aburto, en 1960-1961, los estudiantes participaron como un destacamento de avanzada. En 1964, durante la lucha contra el general Antonio Nava Castillo en Puebla, fueron los estudiantes quienes le imprimieron al movimiento, al principio sólo de los pequeños productores de leche, un contenido político. En octubre de 1966, el estudiantado de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo desarrolló una huelga que, ante la incapacidad y cerrazón de las autoridades estatales y federales, el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz respondió con la utilización del Ejército en tareas de policía, ocupó las instalaciones universitarias y llenó las cárceles de presos políticos, incluido entre éstos Efrén Capiz Villegas.

En 1968, tras las grandes huelgas de 1966 en la Universidad Nacional Autónoma de México y en 1967 del Politécnico, las escuelas de agricultura, las normales rurales (FECSM) y otras instituciones, el movimiento estudiantil enarboló un programa de seis puntos de carácter político, sin levantar ninguna demanda escolar. Este movimiento produjo el rompimiento de un sector importante de los estudiantes universitarios, politécnicos y normalistas con el régimen del PRI, forjó un núcleo valioso de dirigentes políticos, comunicadores e intelectuales, por lo que representó un antes y un después en la historia nacional.

La insurrección zapatista de 1994, estallada en pleno desarrollo del programa neoliberal, concitó la solidaridad de los pueblos indígenas, amplios sectores del campesinado organizado, el estudiantado, los sindicatos independientes, los militantes de los partidos electorales de izquierda y la oposición socialista. La movilización pro Ejército Zapatista de Liberación Nacional superó ampliamente las muestras de solidaridad con todas las experiencias guerrilleras entre 1965 y 1974. El impacto de la insurrección indígena chiapaneca se reflejó y se refleja en cambios profundos en la sociedad mexicana: la salida a la luz de la importancia y

el peso de la cuestión étnica en México (país con más indígenas en todo el continente americano), el atraso económico de Chiapas, el sur y el sureste del país, el mito de la incorporación de México al Primer Mundo y la incapacidad del capital para resolver la cuestión étnica. Con contundencia quedó demostrada la imposibilidad de afrontar y resolver el problema nacional en los marcos de un país capitalista de desarrollo medio, industrial-agrario y dependiente del imperialismo.

Ayotzinapa y la reanimación del movimiento de masas

En septiembre de 2014, un crimen de estado y de lesa humanidad cometido contra estudiantes normalistas rurales en Iguala, Guerrero, ha sacudido y sacude, crecientemente, a la sociedad mexicana, desde Chiapas, Oaxaca y Guerrero hasta Sinaloa, Sonora y Baja California, desde Tamaulipas y Veracruz hasta Yucatán y Quintana Roo, y desde Puebla y el Distrito Federal hasta Zacatecas y San Luis Potosí, pasando por Jalisco, Michoacán, Estado de México, Querétaro y otras entidades federativas.

Se han desenvuelto grandes, medianas y pequeñas movilizaciones de la FECSM, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, policías comunitarios, organizaciones estudiantiles, comunidades indígenas, sindicatos universitarios, asociaciones campesinas, urbano-populares y políticas, sectores de la Iglesia católica y la intelectualidad, destacando los paros de la UNAM, la Universidad Pedagógica Nacional, Chapingo, Escuela Nacional de Antropología e Historia, Universidad Autónoma de Guerrero y otras instituciones educativas. En cuanto a las manifestaciones, cabe destacar el carácter solidario con Ayotzinapa que tuvo la celebración de la matanza de Tlatelolco, las marchas del 8 de octubre de 20 mil zapatistas en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, de 7 mil participantes en Guadalajara y otras, que, junto con las acciones de masas entre el 22 y 27 de septiembre, han reunido y reúnen a varios cientos de miles de estudiantes, campesinos, colonos, trabajadores sindicalizados y militantes de partidos y grupos de la izquierda electoral, social y extraparlamentaria.

La reanimación, tendiente a un ascenso que crece en magnitud, en profundidad y en extensión, está configurando una nueva situación política, que puede fortalecer en gran medida, de seguir una táctica correcta, a la izquierda revolucionaria, así como a Morena y el PT, en tanto que el Partido de la Revolución Democrática, como lo reconocen sus órganos dirigentes y “tribus” internas, atraviesa por una crisis que incluyen el desprestigio en sectores de las masas, la baja en la intención del voto por el partido del sol azteca y el anquilosamiento e incomprensión de las condiciones actuales de la lucha social en la corriente hegemónica del PRD, los *chuchos*. No se descarta el crecimiento de la izquierda perredista.

Toda la faramalla del gobierno priista de Enrique Peña Nieto, a costa del erario, se ha roto en forma estruendosa. Los millones de dólares gastados para ser incluido en portadas de revistas gringas corruptas, para obtener premios y reconocimientos como “estadista” del año de fundaciones con conocidos socios especialistas en derrocar gobiernos no peleles de los yanquis y para ser presentado como “innovador” y gobernante moderno, no han logrado mantener el mito del “político internacional” del represor de los campesinos de San Salvador Atenco.

La faramalla no duró ni siquiera dos años. Los hechos de Iguala se le vinieron encima: la Organización de las Naciones Unidas, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, Amnistía Internacional, el Departamento de Estado gringo, *Human Rights Watch* y decenas de fracciones parlamentarias y partidos políticos, sindicatos, federaciones y centrales de diversos países y continentes, famosos intelectuales y artistas, organismos no gubernamentales y otras instituciones solicitan o exigen que los asesinatos y actos de barbarie cometidos en Iguala sean esclarecidos con prontitud, presentados con vida los muchachos desaparecidos, castigados los responsables intelectuales y materiales, reparados los daños infligidos a los normalistas y sus familiares, aclarada la inactividad de dependencias federales de seguridad y militares durante la comisión de los delitos y asumida la responsabilidad por la seguridad de la población.

En pocas palabras, a los destructores de Petróleos Mexicanos y Comisión Federal de Electricidad, a los vendedores de la franja fronteriza y los litorales, a los rematadores de la minería, a los destructores de la Constitución de 1917 y a los que ofrecen la sangre mexicana para apoyar las aventuras bélicas de los genocidas de Estados Unidos, Europa e Israel, se les cayó el teatrillo y aparecen en la actualidad como lo que son: represores que cumplen tareas de los monopolios extranjeros, para desbaratar la resistencia de los estudiantes, indígenas, campesinos, trabajadores asalariados y pequeños productores.

La incorporación de la Unión Nacional de Trabajadores

En México, si se descuenta la salida de sus filas del organismo más numeroso sujeto del apartado A del Artículo 123 constitucional, el Sindicato Nacional de Trabajadores del Seguro Social, desde 1997 hasta los días que corren, la organización que más ha crecido y crece con nuevos sindicatos de obreros y empleados y organizaciones campesinas, es la Unión Nacional de Trabajadores, que pese a ese enorme mérito ha adolecido de dos graves limitaciones: la lentitud para responder a la cambiante situación social y política de México, y el descuido y poco interés en el desarrollo de los procesos antimperialistas, indígenas, sindicales, campesinos, estudiantiles, populares y electorales en los países de América Latina y el debilitamiento de Estados Unidos. En el caso de la reforma

energética, pudiendo jugar un papel muy destacado y de vanguardia, la UNT se incorporó tardíamente a iniciativas generadas e impulsadas por otros liderazgos. Naturalmente, esto fue mejor que quedar fuera.

En el caso de Ayotzinapa, muchos académicos y administrativos miembros del Sindicato de Trabajadores de la UNAM exigieron a su dirección la necesidad de poner los recursos, el peso político y los cuadros del STUNAM, la Federación Nacional de Sindicatos Universitarios y la UNT al servicio de la movilización en solidaridad con los estudiantes masacrados y agredidos de Ayotzinapa. Los dirigentes no fueron muy receptivos. En cambio, los estudiantes, profesores, investigadores y técnicos académicos del STUNAM, algunos pocos de la Asociación Autónoma del Personal Académico de la UNAM y “libres”, activistas administrativos y autoridades democráticas de la Universidad Nacional se incorporaron a las labores solidarias desde fines de septiembre. El STUNAM, a espaldas de su historia, quedó rezagado.

Sin embargo, para bien, empiezan a cambiar las cosas. El lunes 27 de octubre en las páginas de *La Jornada* aparecieron dos importantes desplegados del STUNAM y de la UNT y el Frente Amplio Unitario, en solidaridad con el movimiento estudiantil del Instituto Politécnico Nacional y con los normalistas guerrerenses, donde llaman a realizar una manifestación en la capital de la República el 28 de octubre, a las 16:00 horas, del monumento a la Revolución al Zócalo, al mismo tiempo que informan de que se celebrarán actos similares en más de la mitad de las entidades federativas. Es una decisión adecuada y correcta, que abona en favor de la recomposición democrática del panorama político nacional.

Si el Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana, el STUNAM, el Sindicato Independiente de Trabajadores de la Industria Automotriz Volkswagen de México, la Unión Nacional de Técnicos y Profesionistas Petroleros, la Asociación Sindical de Pilotos Aviadores, el Frente Auténtico del Trabajo, la Central Campesina Cardenista, la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, la Coordinadora Nacional Plan de Ayala-Movimiento Nacional, la Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata, el Frente Popular Francisco Villa México Siglo XXI, el Frente Auténtico del Campo y demás organismos de la UNT y el FAU movilizan, masivamente, a sus bases cualquier acto pro Ayotzinapa tendrá asegurado su éxito. Por eso es tan grande la responsabilidad de los dirigentes, cuadros y activistas de la UNT y el FAU. En sus manos está la decisión. No cabe sino esperar que actúen de acuerdo con las necesidades políticas y sociales que la crisis nacional pone en la agenda actual de la clase obrera y el pueblo.